

# DEMOCRESÍA

REVISTA DE ACTUALIDAD, CULTURA Y PENSAMIENTO



Buscar



## La redención, según Mel Gibson

Publicada en 11 febrero, 2019 — En Cine — por Sergio Fernández Riquelme

Quiso ser un héroe, y acabó siendo un villano. Mel Columcille Gerard Gibson, fue durante dos décadas, una rutilante estrella de Hollywood. Llegó a ser ese “hombre duro” que interpretaba con maestría personajes heroicos y atormentados, desde las exitosas sagas de *Mad Max* y *Arma letal* hasta su oscarizada *Braveheart* (su segunda experiencia como director tras *El hombre sin rostro*), pero terminó siendo acusado de casi todo lo peor que se puede ser: alcohólico y mujeriego, infiel y maltratador, xenófobo y racista.

Actor de raíces irlandesas y juventud australiana, **Gibson tuvo una carrera meteórica** desde su estreno en *Summer City* en 1977, llegando a ser nombrado el “hombre más sexy” de EEUU, convertirse en uno de los intérpretes mejor pagados, y poder darse el lujo de rechazar un papel de James Bond. Se sucedían *blockbuster* de notable taquilla, ahora como protagonista menos salvaje y más estándar, como *Rescate*, *Conspiración*, *Payback*, *El Patriota* o *Señales*. **Un padre ejemplar, un icono de los años ochenta, un actor con una o dos películas al año.**

Pero todo comenzó a torcerse. Los escándalos comenzaban, los guiones dejaban de llegar, **su supuesta fe católica tradicional chocaba con la industria liberal** y con las acusaciones de hipocresía. y se hacía público su trastorno bipolar. Solo su impactante, polémica y exitosa *La Pasión* según Gibson, le salvó de la quema. Quizás fue el final, ético y estético, de esta etapa.

Y comenzó su calvario personal. Llegaron las infidelidades y el divorcio millonario con su mujer de toda la vida y la madre de sus primeros siete hijos. Entre 2004 y 2010 solo un par de películas menores lo sacaron del olvido, amén del fracaso de la serie que dirigió *La familia salvaje* (cortada tras una temporada). **Otra megaestrella caída entre vicios variados y supermodelos diversas.**

*L'enfant terrible* del cine se descubría como una mala persona para la mayoría, o a lo mejor habría sido una persona en mal lugar defendían algunos. Mel Gibson era un ser horrible, publicaban los medios y señalaban los mentideros; pero este personaje siniestro se salvaba por su arte: era también un gran director. Y esta matización se debía a un hecho: ver y comprender, por segunda vez, las tres grandes películas donde se plasmaba su ideal de redención, real como la vida o ficticio como el [cine](#).

Ese niño de familia muy numerosa y de recuerdos rurales, quería ser héroe, como casi todos los niños. Y tres grandes obras universales, y controvertidas, volvía a hablar de esos héroes, anónimos en una infancia siempre presente, en medio de la mayor de las tragedias históricas; con contradicciones casi insuperables, entre la barbarie más sangrienta y el amor más puro, y con los recuerdos de un pasado demasiado vivo (prosiguiendo su carrera como actor en los papeles de casi siempre, como *Vacaciones en el infierno* o *Blood father*).

---

“

Gibson nos habla del dolor del mundo  
y de su propio dolor, sufriendo ante  
los pecados del mundo, el poder del  
mal o el odio de los compañeros

---

El simple hijo de un carpintero para la inmensa mayoría de los hombres de su tierra, que sufrió por mandato divino el mayor de los Calvarios. En *La Pasión* de Jesucristo narra ese tiempo pascual entre el Huerto de los Olivos y el Gólgota, desde la mística más profunda y el naturalismo más desencarnado, en los idiomas de la época (arameo y hebreo) y bajo los ambientes más plausibles. Dos horas y siete minutos donde Gibson nos muestra, con un realismo descarnado, de notable signo teológico y brutal representación del castigo físico, la más dura penitencia del “hijo de Dios” (con una sangre que impregna su cuerpo y nuestra pantalla) y la pena más cruel (con latigazos tan reales que nos hacen a veces cerrar los ojos). Pero que termina con esa esperanza (tan sobrehumana) que ha fundado, para Gibson, una civilización judeocristiana que dio sentido a la vida de millones de seres humanos desde hace dos siglos.

El hijo de una pequeña tribu de la selva, Garra Jaguar, que debe sobrevivir en un entorno hostil y ante la crueldad sin límites del extinto Imperio maya. En *Apocalipto*, otro ejercicio visual y narrativo insuperable, rodada en plena jungla y con el mismo dialecto indígena, habla de ese héroe desconocido que quiere salvar su vida, proteger a su familia y buscar o “descubrir” un nuevo comienzo (el significado del título en griego). El inicio obligado ante el final de un mundo (de naturaleza casi salvaje y de civilizaciones prehispánicas) y la llegada de otro, para Gibson (de manera no tan sutil) de la salvadora civilización occidental que pondría al Nuevo mundo en la senda del progreso.

Y el hijo de una pueblerina familia adventista, Desmond Soss, que entre la inocencia y la convicción, tiene que hacer frente a un mundo en guerra. En *Hasta el último hombre*, Gibson retrata a ese joven soldado norteamericano incapaz de matar por su fe, ni siquiera a su enemigo ni siquiera en defensa propia, con su pequeña Biblia como única arma, y con la misión de salvar siempre “a uno más” en la trinchera y en la vida misma. **Un tímido héroe, tras superar la incompreensión por cómo vivía su fe** (no coger un arma) y comprender como otros la vivían de manera diferente a él, cumplió su labor de médico de guerra, alcanzó el Cielo soñado en su camilla de rescate (tan metafóricamente), y volvió a su Hogar, tras ser reconocido finalmente con medallas y pompas por la supuesta y victoriosa civilización norteamericana (en todos sus evidentes contradicciones).

“Creo que el dolor es precursor de un cambio” declaró en más de una ocasión Gibson. El dolor tiene efectos terapéuticos, dicen; nos advierte de lo que nos hace mal o nos ayuda a aceptar el cambio. Gibson nos habla del dolor del mundo y de su propio dolor, sufriendo ante los pecados del mundo, el poder del mal o el odio de los compañeros. Y sus héroes anónimos, entre la violencia y el amor, parecen buscar la

salvación de los demás para salvarse a sí mismos sufriendo en su pasado y su presente.

Pero toda obra es consustancial a su autor, y todo autor viene marcado por su obra. **Relación de doble sentido en la creación artística que nos habla, también en Gibson**, de lo que se quiere decir y lo que realmente se es: el éxito o la autenticidad, los valores o la taquilla, la magia de la gran pantalla o el propósito de enmienda, el referente de la fe o la fe practicada, las propias convicciones o el aplauso de la crítica, el espectador concienciado o el cliente satisfecho. Y ante la necesidad de redimirse por el fallo realizado o por el daño infligido, el espectáculo de la vida pública y artística nos puede enseñar dos caminos: pedir perdón a público y colegas para alcanzar de nuevo el éxito o enseñar a dar la vida por los demás sabiendo que a lo mejor no seremos comprendidos (en sus dos acepciones históricas).

Películas impactantes y vidas demasiado públicas, que nos pueden ayudar a reflexionar sobre la máxima atribuida a San Irineo de Lyon: *“lo que no se asume, no se redime”*.

Nuestra redención, vital o virtual, según Mel Gibson.



**SERGIO FERNÁNDEZ RIQUELME** ÚLTIMOS ARTÍCULOS

Profesor de la Universidad de Murcia, es historiador, doctor en política social e investigador acreditado en análisis historiográfico y social a nivel nacional e internacional.



0 Comments

Democresía

Login -

Recommend

Tweet

Share

Sort by Best -